

**NACIONALISMO ESPAÑOL:
LAS POLÍTICAS DE LA MEMORIA**

Javier Moreno Luzón (Coord.)

Presentación

JAVIER MORENO LUZÓN

EL interés por el nacionalismo español constituye una de las novedades más estimulantes que ha alumbrado en los últimos años la historiografía sobre la España contemporánea. Desde luego, hay varias razones que lo justifican, algunas de ellas políticas, como la renovada actualidad de las cuestiones territoriales y de la reforma del Estado, con la consiguiente demanda de publicaciones; y otras de carácter más académico, como la consolidación del giro cultural en los estudios históricos y la preferencia por asuntos relacionados con la identidad y la memoria, centrales hoy en las disciplinas humanas de todo el mundo occidental. Estas tendencias han confluído con el relativo agotamiento sufrido por el análisis de los movimientos nacionalistas catalán, vasco o gallego, que antes ocupaba a los especialistas, para situar al españolismo en el centro de la escena. Había ya en esta materia unos cuantos trabajos de importancia, entre los cuales sobresalían los de José María Jover, pero en tiempos más recientes la bibliografía se ha enriquecido de manera extraordinaria con otras obras de gran calidad como las de Andrés de Blas, Carlos Serrano, Javier Varela, Juan Pablo Fusi o Carolyn P. Boyd¹. No obstante, puede decirse que un libro se ha distinguido entre ellas por su especial repercusión, como una pedrada en el estanque historiográfico: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, de José Álvarez Junco. Además de un notable éxito de ventas y de varios premios, *Mater Dolorosa* ha

¹ De José María Jover véase, por ejemplo, «Caracteres del nacionalismo español, 1854-1874», *Zona Abierta*, núm. 31 (abril-junio de 1984), págs. 1-31. Andrés de Blas Guerrero, *Sobre el nacionalismo español*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989; Carlos Serrano, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus, 1999; Javier Varela, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999; Juan Pablo Fusi, *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000; y Carolyn P. Boyd, *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, Pomares-Corredor, 2000.

disfrutado de un enorme eco en los círculos profesionales y sus tesis, que abarcan la mayoría de los problemas relevantes, marcan hoy las líneas del debate y, como continuación o por contraste, las perspectivas respecto a las futuras exploraciones del tema².

Sin embargo, las incipientes discusiones no han afectado de lleno al núcleo del libro, la construcción de la alta cultura nacionalista española en el XIX, sino que se han fijado en aspectos de menor entidad dentro de su arquitectura. En concreto, en lo tocante a la nacionalización de los españoles, cuya debilidad sirve para explicar el surgimiento de identidades nacionales como la catalana o la vasca, incompatibles con el concepto nacional de España y beneficiarias de su insuficiente penetración en el país. Una propuesta que, lanzada hace treinta años por Juan José Linz y recogida en la década de los noventa por Borja de Riquer, ha sido asumida con más o menos matices por otros muchos investigadores, entre ellos Álvarez Junco³. De acuerdo con esta visión de las cosas, el Estado español no realizó el mismo esfuerzo que sus vecinos europeos a la hora de socializar a los habitantes de su territorio en la lengua, los valores y mitos nacionalistas perfilados, aquí como en otras latitudes, a lo largo del Ochocientos, lo cual permitió la subsistencia de otras culturas y, a la larga, la aparición de nacionalismos diferentes. Tras lo cual se hallaban tanto la falta de voluntad de los gobernantes como la escasez de los recursos estatales disponibles. Si los intelectuales hicieron sus deberes nacionalizadores, los políticos que controlaban el Estado incumplieron los suyos, dice Álvarez Junco, cuyas afirmaciones, pese a algunos juicios de intención extemporáneos, no han sido rebatidas aún con argumentos sólidos y basados en investigaciones suficientemente amplias⁴.

² José Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001. Una muestra de esta repercusión pudo verse en el VII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, sobre «Memoria e identidades», celebrado en septiembre de 2004 en Santiago de Compostela.

³ Juan José Linz, «Early State-building and late Peripheral Nationalisms against the State: the case of Spain», en Samuel N. Eisenstadt y Stein Rokkan (eds.), *Building States and Nations*, Beverly Hills, Sage, 1973, vol. 2, págs. 32-112. Borja de Riquer i Permanyer, «La débil nacionalización española del siglo XIX» (1994), en *Escolta Espanya. La cuestión catalana en la época liberal*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2001, págs. 35-58, recogido junto a otros ensayos del autor sobre temas relacionados.

⁴ Me refiero, por ejemplo, a Ferrán Archilés, «¿Quién necesita a la nación débil? La débil nacionalización española y los historiadores», en Carlos Forcadell, Gonzalo Pasamar, Ignacio Peiró, Alberto Sabio y Rafael Valls (eds.), *Usos públicos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, págs. 187-208.

Pues bien, la misma centralidad de esta cuestión demuestra, en primer lugar, la fuerza que tiene entre los historiadores de la identidad española la perspectiva *modernista* del nacionalismo, aquélla que concibe la nación como una construcción moderna, asociada al triunfo de la idea liberal de soberanía frente al Antiguo Régimen, elaborada por los propios nacionalistas a partir de materiales ya existentes y transmitida a la población por diversos medios, principalmente estatales, desde la enseñanza hasta el servicio militar. Es decir, la escasa presencia en esta historiografía de posiciones *perennialistas*, que hablen de España como una nación antigua con rasgos étnico-culturales reconocibles desde tiempos remotos que, de modo natural, originó en la época contemporánea una sólida identidad política equivalente a la de otras naciones europeas. Lo cual no quiere decir que, fuera de los restringidos círculos de los especialistas en el nacionalismo español, no abunden tales posiciones, que aceptan por ejemplo las enseñanzas de historiadores tan influyentes como Ramón Menéndez Pidal, convencido en su día de que los españoles habían ejercido cualidades, «aptitudes y hábitos históricos» duraderos —sobriedad, idealidad, individualismo incivil, intransigencia— desde la antigüedad hasta 1939, o las de Antonio Domínguez Ortiz, que defendió mucho después la existencia milenaria de una España con sentido permanente de su propia unidad. Probablemente, estas teorías esencialistas u otras similares, actualizadas de vez en cuando por instituciones académicas oficiales, no tardarán en afectar a las publicaciones rigurosas sobre el nacionalismo español⁵.

Por otro lado, la controversia sobre la debilidad o la fortaleza de la nación, del nacionalismo y de la nacionalización puede deslizarse fácilmente por caminos ya recorridos en la historia económica y social a cuenta de otros procesos que, ligados asimismo a la modernidad, habrían experimentado en España un rotundo fracaso⁶. Basta recordar los precedentes de las discordias acerca de la revolución industrial o de la revolución burguesa que encandilaron a los historiadores en los años sesenta y setenta y en la primera mitad de los ochenta. Entonces se veía la España contemporánea como una sociedad hundida en el atraso y dominada por las fuerzas reaccio-

⁵ Ramón Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991 (1.ª ed. 1947). Respecto a Antonio Domínguez Ortiz, véase su síntesis *España. Tres milenios de historia*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2000. Además, *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998.

⁶ Véase Santos Juliá, «Anomalía, dolor y fracaso de España», *Claves de Razón Práctica*, núm. 66 (1996), págs. 10-21.

narias como consecuencia de la falta de una burguesía emprendedora y realmente liberal. Hoy, por influjo quizá del vertiginoso desarrollo económico y de la democratización que ha vivido el país en las tres últimas décadas, han surgido otras interpretaciones que prefieren hablar de un avance moderado y de la relativa *normalidad* del caso español. Como, evidentemente, el problema nacional no se ha resuelto de la misma manera, el estudio de la nación podría convertirse en el último reducto del *Spain is different* historiográfico. Lo cual debería evitarse, ya que no ha existido una norma que hayan seguido la mayor parte de los países y de la que España se haya separado. Francia, que en el ámbito político se ha visto desde España como un modelo equivalente al que supuso Inglaterra en el económico, pues allí las empresas nacionalizadoras guiadas por el Estado tuvieron un éxito indudable, no representó la norma sino más bien una excepción. Además, la efectiva nacionalización de los franceses, como ha subrayado el archifamoso libro de Eugen Weber *De campesinos a franceses*, resultó en todo caso bastante tardía⁷.

Quizás los términos del debate cambien si el foco de atención se desplaza hacia las décadas finales del siglo XIX y, sobre todo, hacia el XX, es decir, hacia el momento en que España, como Inglaterra y Francia, como Alemania e Italia, seguramente con menor intensidad y algo más tarde, entró en la era de la política de masas. Porque fue entonces, no en la época del liberalismo elitista, cuando adquirió todo su sentido la necesidad de nacionalizar a la población, cada vez más implicada en los asuntos públicos, aunque fuera sólo en las ciudades, y cuando comenzaron a amenazar seriamente el orden social los movimientos obreros que promovían la lucha de clases, para la cual el nacionalismo servía de antídoto. En España, además, la derrota de 1898, sentida como una honda crisis de la conciencia nacional, vino acompañada por las primeras victorias del catalanismo, lo cual avivó los proyectos españolistas. Así, en plural, porque no fue uno solo el que trató de moldear la identidad de los ciudadanos, sino varios los que compitieron por ella, sobre todo dos: el nacional-liberalismo, que procedía de la revolución liberal y que en algunas versiones republicanas se hizo plenamente democrático, y el nacional-catolicismo, que —como ha estudiado Álvarez Junco— reconcilió en el XIX a la Iglesia con la idea de nación

⁷ Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1976. Curiosamente, este libro fundamental sigue sin traducirse al castellano.

para afirmar la indisoluble unidad de España con la fe católica, y que dio lugar, salvo en algunos casos excepcionales, a formulaciones autoritarias⁸. Los dos atribuían a la patria, junto con su dimensión política, ciertos componentes étnico-culturales insustituibles, como la lengua castellana o la religión católica, lo cual impide definir al nacionalismo español, ni siquiera en el caso del liberal-democrático, como un patriotismo puramente cívico y contractual, distinto de raíz de los nacionalismos étnicos catalán y vasco. Una mezcla de elementos que, por otro lado, compartía con el resto de los nacionalismos occidentales.

La ausencia de un programa nacionalista hegemónico permite narrar la historia del primer tercio del siglo xx como la de la pugna entre ambos nacionalismos y sus variantes por imponerse y ganar el favor de la opinión pública, una tarea que hicieron en permanente conflicto con los otros nacionalismos peninsulares. En cierto modo, esa lucha, mezclada con otras de naturaleza diversa, desembocó en la Guerra Civil de 1936-1939⁹. Mientras tanto en Francia se había impuesto con nitidez sobre cualquier otro proyecto un patriotismo republicano y democrático, difundido y consolidado por medio de la acción del Estado, lo cual no impidió que durante la Segunda Guerra Mundial —en unas condiciones ambientales diferentes de las españolas, eso sí, las que marcó la ocupación alemana— tomara vigor una Francia nacional-católica. Desde 1939, la imposición violenta y duradera en toda España del nacional-catolicismo que definía a una dictadura profundamente nacionalista —no sin rivales internos, como ha mostrado Ismael Saz— hizo desaparecer los vestigios del nacionalismo liberal-democrático español¹⁰. Se sucedieron entonces décadas de patrimonialización de todo lo *nacional* por parte del régimen autoritario franquista, que expulsó a los márgenes del antiespañolismo a cualquier grupo de oposición. Una herencia ambivalente que administra desde hace casi treinta años la democracia en España y que, junto con el fortalecimiento de los nacionalismos catalán, vasco y gallego, ha impedido la reconstrucción de una idea fuerte de nación española, ni siquiera cuando se ha querido identi-

⁸ Aparte de *Mater dolorosa*, véase la reseña de la misma obra que escribió Joaquín Varela Suanzes, «Los dos nacionalismos españoles en el siglo XIX», *Revista Española de Derecho Constitucional*, núm. 65 (mayo-agosto de 2002), pág. 359-379.

⁹ Sandie Holguín, *República de ciudadanos. Cultura e identidad nacional en la España republicana*, Barcelona, Crítica, 2003.

¹⁰ Ismael Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2003.

ficarla con el llamado *patriotismo constitucional* y vincularla de forma más o menos esencialista con la Constitución de 1978.

Los trabajos que se recogen en este número monográfico de *Historia y Política* responden a algunos de estos estímulos. No estudian ya en exclusiva los discursos nacionalistas elaborados por los intelectuales del siglo XIX, sino que se adentran en el XX y se fijan en otras piezas significativas dentro de los mecanismos nacionalizadores: en concreto, en las que, en términos generales, pueden llamarse *políticas de la memoria*. Es decir, en aquellas iniciativas que toman los actores políticos para imponer sus ideas de nación, edificadas normalmente sobre determinadas visiones del pasado que sustentan percepciones del presente y proyectos de futuro, en el seno de una esfera pública de debate en continuo cambio. Los gobernantes tratan con estas políticas de legitimar al Estado, al régimen vigente y a su propio gobierno, pero eso delimita tan sólo una parte del cuadro. Porque en esa esfera intervienen otras elites políticas nacionales y también locales, que actúan desde las instituciones estatales y desde la sociedad civil, a través de diversos medios de comunicación y en contacto con sectores sociales a los que no debe adjudicarse de entrada un papel meramente pasivo. Así se actualizan y usan mitos y símbolos, se construyen monumentos y organizan ceremonias en torno a conmemoraciones que expresan intenciones nacionalizadoras y también reafirman identidades previas de grupos particulares¹¹. Más allá del inventario de los *lugares de la memoria* nacional que propuso Pierre Nora y que se ha realizado con éxito en Francia o en Italia, y que podría hacerse asimismo en España, el tema adquiere una dimensión social, dinámica y conflictiva¹². La memoria se convierte de esa forma en un campo de juego, de enfrentamiento y negociación entre fuerzas políticas diversas, con límites evidentes bajo las dictaduras y de forma mucho más abierta y rica en las etapas liberal-democráticas¹³.

Queda mucho por hacer y, desde luego, por determinar lo más difícil, aquellos datos que permitan dilucidar la relativa debilidad o

¹¹ El concepto de esfera pública, tomado de Jürgen Habermas, lo desarrolla en este mismo sentido, por ejemplo, R. Alejandro, *Hermeneutics, Citizenship and the Public Sphere*, Nueva York, State of New York Press, 1993.

¹² Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1997 (1.ª ed. 1984), 3 vols. Mario Isnenghi (ed.), *I luoghi della memoria. Simboli e miti dell'Italia unita*, Roma-Bari, Laterza, 1996, 3 vols.

¹³ A este respecto, resultan especialmente interesantes los planteamientos de Stéphane Michonneau, *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites*, Vich, Eumo Editorial, 2001.

fortaleza del proceso de nacionalización en la España contemporánea, o que conduzcan, quizás, al abandono definitivo de esta disyuntiva historiográfica. La pluralidad de proyectos nacionalizadores o el surgimiento de identidades nacionales alternativas no agotan la cuestión, puesto que las identidades, como las esferas públicas en que se formulan, cambian a lo largo del tiempo, son complejas, múltiples y varían enormemente de unos entornos locales a otros. Cabría preguntarse si la pugna entre nacional-liberalismo y nacional-catolicismo fue un obstáculo para la españolización o más bien la reforzó, si los españoles no se sentían tales en ausencia de un Estado fuerte y eficaz, si el catalanismo y el vasquismo alentaron una determinada deriva del españolismo e incluso su arraigo en algunas zonas del país, si las identidades locales apuntalaron o no la identidad nacional española, manifestada a menudo a través de localismos, provincialismos o regionalismos *centrípetos*, o si en las áreas menos españolistas no hubo en algún momento de este proceso un españolismo exacerbado. Y, por último, podría plantearse también si las mismas dificultades que encuentra hoy el nacionalismo español para obtener una posición firme no representan, más que un fracaso que deba corregirse edificando una suerte de nuevo orgullo nacional sobre bases tradicionales, una oportunidad que valdría la pena aprovechar para permitir el fortalecimiento de una identidad distinta, híbrida, cosmopolita, plural, abierta y hasta ambigua y difusa, acorde con la época mestiza que nos ha tocado vivir.

Albacete, 12 de octubre de 2004, antiguo día de la Raza, hoy día de la Hispanidad y fiesta nacional de España.